



NOVIEMBRE 2012

N.º 38

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

El Sagrado Corazón de Jesús y las almas del Purgatorio



Apartado de Correos 1027
23.080 Jaén
(España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689
657 401 264

Imprime: Catena 3, S. L.
Depósito Legal: J-388-2009

Sumario

El Sagrado Corazón
de Jesús y las almas
del Purgatorio1
Recordamos1

San Pío X, un Papa
excepcional..... 2-3-4

La Iglesia peregrina,
perfectamente consi-
ciente de esta comuni-
ón de todo el Cuerpo Místi-
co de Jesucristo, desde
los primeros tiempos del
cristianismo, honró con
gran piedad el recuerdo
de los difuntos, y tam-
bién ofreció por ellos
oraciones, pues es una
idea santa y provechosa
orar por los difuntos
para que se vean libres
de sus pecados.

(C.I.C 958)

Santa Margarita M^a de Alacoque tuvo numerosas y extraordinarias experiencias místicas sobre el Purgatorio y las almas del Purgatorio. Estas visitaban con frecuencia a la Santa para exponerle sus necesidades, y en otras ocasiones para anunciarles su liberación y agradecerle lo que había hecho a favor de ellas.

Santa Margarita M^a de Alacoque concede a las almas del Purgatorio un lugar preeminente en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y llamaba a éstas “las buenas amigas afligidas del Sagrado Corazón”. La humilde salesa tenía una gran compasión a las almas del Purgatorio pero su interés era sobre todo, por el amor excepcional que el Sagrado Corazón demostró por ellas. El Divino Corazón tenía prisa por romper las cadenas que su divina justicia había dispuesto, e inducía a la Santa y nos induce a todos sus amigos en la Tierra, a valernos de los tesoros de sus méritos para sacarlas cuanto antes de aquel lugar de purificación.

Santa Margarita M^a nos dice en sus escritos que nada hay que alivie más a las almas del Purgatorio que la devoción al Sagrado Corazón, y que éstas, llamaban a esta devoción “infalible remedio” para sus sufrimientos. De ahí, que si ofrecemos alguna práctica de la devoción al Corazón de Jesús por las benditas almas del Purgatorio y hacemos en unión con este Corazón las diversas obras satisfactorias recomendadas por la Iglesia, esta unión convierte dichas obras en una moneda de valor infinito para las almas del Purgatorio. La Santa nos recomienda principalmente las Misas y novenas en honor al Divino Corazón y ofrecer al Sagrado Corazón de Jesús algunos días de expiación, especialmente el lunes de cada semana, el 2 de noviembre, la octava de difuntos y la noche del Jueves Santo al Viernes Santo.

Los lunes, lo mismo que el 2 de noviembre y durante la octava de difuntos, por el mérito de la cautividad de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento -nos dice la Santa- pediremos a su Corazón Sagrado la libertad para sus pobres prisioneras del Purgatorio, y con este fin haremos todas nuestras obras en espíritu de penitencia.

BETANIA

RECORDAMOS

Según el Enchiridion Indulgentiarum en la norma 13, al fiel cristiano que visite piadosamente un cementerio y que, al menos en su mente, ore por los difuntos, se le concede indulgencia, aplicable sólo a las Almas Benditas del Purgatorio, desde el día 1 hasta el 8 de noviembre, todos los días de la novena de ánimas es indulgencia plenaria; los demás días del año será parcial. Para ganar indulgencia plenaria, además de la exclusión de todo afecto a cualquier pecado, incluso venial, hay que confesar sacramentalmente, comulgar y rezar por las intenciones del Sumo Pontífice.

SAN PÍO X

UN PAPA EXCEPCIONAL

UN PAPA DEL PUEBLO

San Pío X, llamado José Melchor Sarto nació en Treviso, Reino de Lombardía-Venecia, (actual Italia), el 2 de junio de 1835 y murió en Roma el 20 de agosto de 1914 y fue el Papa n.º 257 de la Iglesia Católica entre 1903 y 1914, fue precedido por León XIII. Ocupó el solio pontificio desde 1903 hasta 1914, un periodo de la historia de la Iglesia y del mundo marcado por el inicio de un nuevo siglo y por el final de otro, pero también con nuevos desafíos e interrogantes que habrían de marcar la vida de los hombres durante los decenios siguientes.

Lo que más atrae de la figura de este Pontífice, elegido como por "casualidad", pues llegó a la Cátedra de Pedro tras el veto austriaco al Cardenal Rampolla, es su origen humilde, muy distinto del de muchos de sus predecesores, que de un modo u otro habían salido de las filas de la aristocracia o de la curia romana. Para José Sarto los primeros años de su vida estuvieron marcados por la difícil y ardua vida campesina, en la que se forjaron grandes vocaciones como las del Padre Pío o de Juan XXIII. Hijo de un funcionario de correos y de una costurera, el joven Sarto se ordenó sacerdote en 1885, y llevó a cabo su ministerio sin más ayuda que la de Dios, llevando a Cristo a sus paisanos.

Con el paso de los años, este humilde "viñador" iría escalando puestos en la Iglesia, llegando a ser Obispo de Mantua y Arzobispo de Venecia bajo el Pontificado de León XIII. Eran estos los tiempos de un cierto acercamiento de la Iglesia al mundo moderno, después de los tormentosos tiempos de Pío IX, bajo cuyo pontificado la Iglesia tuvo que afrontar la marea del liberalismo y los primeros conatos del Modernismo, que con tanta "intransigencia" combatiría San Pío X a lo largo de su pontificado. León XIII quiso abrir la Iglesia a los tiempos modernos, y he ahí la célebre encíclica *Rerum Novarum* que abría las puertas a la Doctrina Social de la Iglesia, y que tantas esperanzas hizo nacer entre los católicos que deseaban afrontar la cuestión social a la luz del Magisterio Pontificio.

Cuando Mons. Sarto se dirigía hacia el Vaticano para el conclave que habría de elegir al sucesor de

León XIII, poco podía sospechar que el Espíritu Santo habría de fijarse en él para suceder a tan gran y sabio Pontífice. Como en el caso de Juan XXIII, es más que probable que no estuviera en la lista de los papables; prueba de ello es la elección del ya citado Cardenal Rampolla, vetada por el emperador Francisco José, en virtud de un derecho que el mismo Papa Sarto suprimiría, liberando así a la Iglesia del último rescoldo de la intervención secular en la elección del Sumo Pontífice. Cuando el 4 de agosto se vio fumata blanca en la Plaza de San Pedro, aquel joven campesino se convertía en sucesor de otro hombre humilde, de aquel pescador de Galilea, llamado Pedro.

CRISTO COMO CENTRO DE SU PONTIFICADO

¿Cómo era el mundo en tiempo de San Pío X?

Nos hallamos en los estertores de la llamada *Belle époque*, aquel periodo anterior a la Primera Guerra Mundial, un tiempo de felicidad, progreso e ilusiones, una época en que todo parecía posible. Pero también eran, como diría Santa Teresa de su época "tiempos recios" para la Iglesia. A la pérdida del poder temporal, se unía la amenaza de nuevas herejías, nacidas del intento de conjugar la Fe con la Razón, con escaso o nulo éxito, y que desembocaban en la mayoría de los casos en el indiferentismo o

el sincretismo. Desde las filas protestantes, se había inoculado solapadamente en la exégesis católica las teorías de Bultmann, Harnack y otros, que presentaban una visión racionalista de las Escrituras, que presentaba un divorcio entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe. Para el cristiano no era importante la historicidad de las Escrituras, sino el efecto de ellas, lo que podíamos llamar la "experiencia de la fe". Todo ello, dio lugar en el campo católico a corrientes de pensamiento racionalistas, alejadas del Magisterio y la Tradición, que cuestionaban los cimientos de la fe y proponían una visión liberal y racional, como fueron el "Americanismo o el Modernismo", que postulaban un acoplamiento de la Iglesia a la Modernidad, sacrificando, si era necesario verdades esenciales de la fe.

También la sociedad se presentaba como un cam-



po de batalla para la Iglesia. El proceso de laicización que vivió Europa desde 1789 había hecho verdaderos estragos, a pesar de la labor de la Iglesia, pero el acoso desde los poderes públicos, como fue el caso de la III República en Francia, hacía evidente que se quería alejar a Dios de la sociedad. Las costumbres también se fueron relajando y la moralidad fue poco a poco decayendo, llegando a imponerse una doble moral, sobre todo, entre las clases pudientes, que desdeñaban en muchos casos del testimonio cristiano.

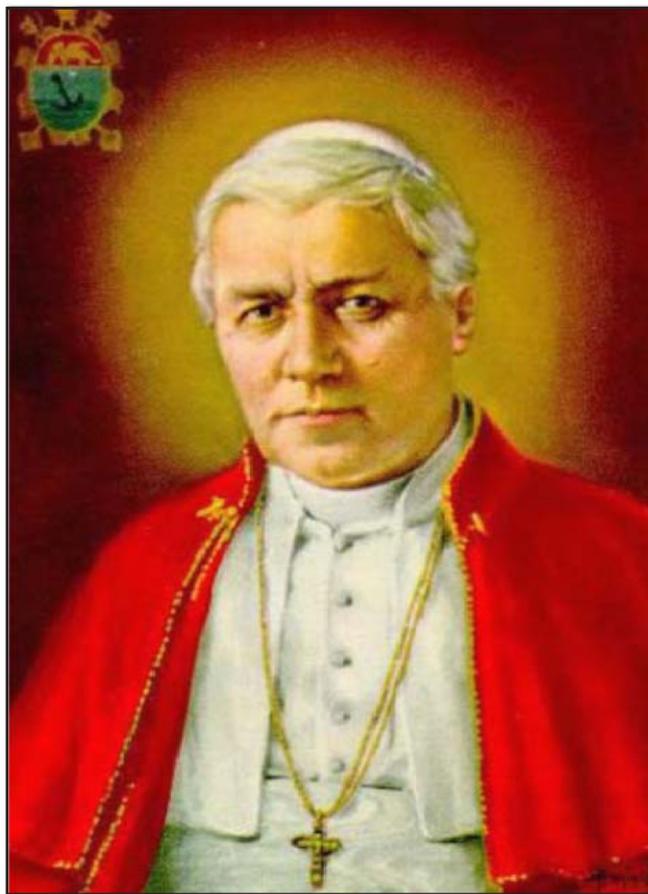
Este era el panorama que se encontró San Pío X cuando dijo su "fiat" ante los cardenales el 4 de agosto de 1903, en la Capilla Sixtina. Ciertamente, José Sarto no era un teólogo, ni tampoco un estadista, sino un campesino con mucho sentido común y una gran fe en la Providencia, y, con esa clarividencia que caracteriza a las gentes del campo, asumió las riendas de la Iglesia con una idea muy clara: *restituir a Cristo como centro de todo, proyecto que sintetizó en su lema pontifical, **instauraré omnia in Christo***. Para llevar a cabo esta misión se rodeó de un gran equipo de colaboradores, destacando entre ellos el Cardenal Rafael Merry del Val, que desde la Secretaría de Estado, descargó al Papa de los asuntos temporales, para que pudiera dedicarse a su misión espiritual.

EL PELIGRO DEL MODERNISMO

Una de las primeras medidas que tomó San Pío X fue la de neutralizar el peligro modernista. En síntesis, el Modernismo, cuyo principal representante fue Alfred Loisy (m. 1940), propugnaba un cristianismo en el que se divorciaban *fe y razón, historia y revelación, el Cristo de la fe y el Jesús de la Historia*. En este divorcio cristológico residía el verdadero peligro del modernismo. Poco nos importa lo que Jesús dijo e hizo durante su vida terrena, si hubo o no una intervención de Dios en el mundo, y por lo tanto milagros, resurrección y redención; lo que importa es el segundo objeto de una vivencia de credulidad tan incontrolable como desacreditada. En síntesis, se venía a decir que existía una discontinuidad entre Jesús y Cristo, entre el hombre y el mensaje, primando el segundo sobre el primero. El Cristianismo dejaba de ser una religión personal, encaminada al encuentro con el Verbo hecho carne, para convertirse en una idea, en el fruto de la experiencia personal de las primeras generaciones cristianas.

* * *

San Pío X vio el peligro que suponía esta teología que, amparándose en el legítimo estudio y desarrollo del dogma y la exégesis, provocaba escándalo entre los fieles y conducía a la indiferencia religiosa. Neutralizar este virus fue el principal objetivo del Papa Sarto, su timbre de gloria, pero también la piedra de toque, porque le valió la fama de intransigente y poco abierto al pensamiento moderno. Prueba de ello son las duras palabras que dedica en su encíclica *Pascendi* al Modernismo, al que tachó como "síntesis de todas las



herejías", y para asegurarse la enseñanza de la sana doctrina, exigió a todos los sacerdotes y profesores de teología el juramento llamado "antimodernista", que contenía una profesión de fe y rechazo expreso de las principales tesis del modernismo, y que fue obligatorio hasta bien entrado el siglo XX.

Con estas medidas San Pío X se aseguraba que los sacerdotes y teólogos anunciaran la fe prístina de los Apóstoles sobre el Hijo de Dios, y asegurado esto, era preciso volver a poner a Cristo en el centro de la sociedad. Mucho luchó el Papa Sarto en este sentido, siguiendo las huellas de sus predecesores, a pesar del embate laicista de los poderes públicos de su tiempo. Alemania, Estados Unidos, España... fueron algunas de las naciones que más oposición mostraron a la labor de la Iglesia en la sociedad; en España, por ejemplo, eran los tiempos de la llamada "ley del candado", que prohibía la instalación en suelo español de nuevas órdenes religiosas. Más problemático fue el caso francés: la acción social católica se había cristalizado en múltiples formas de asociación bajo León XIII, sin embargo, muchos de estos movimientos degeneraron en movimientos ajenos a los principios cristianos; este fue el caso de *Le Sillon*, un diario católico y social que degeneró en un movimiento aconfesional y que defendía principios ajenos a la Doctrina Social de la Iglesia. Con la misma contundencia que contra los modernistas, San Pío X condenó la orientación de este movimiento y exigió su retorno a los principios cristianos que lo habían fundado.

EL PAPA DE LA CATEQUESIS Y LA LITURGIA

Hacer presente el reinado social de Cristo en una sociedad cada vez más laica, exigía una renovación de la catequesis y la liturgia. En estos campos, San Pío X brilló como ningún Papa lo había hecho, pues al contrario que sus predecesores, este humilde campesino había tenido un contacto directo con el pueblo llano, tanto como fiel, como pastor. De este contacto nació su empeño por reformar la liturgia y la catequesis, para hacer factible la renovación de la sociedad a través de católicos bien formados.

La reforma litúrgica tuvo en San Pío X uno de sus principales impulsores, aunque ya había movimientos y personajes que reclamaban una renovación de la litúrgica católica. A él se debe el impulso a la Música sagrada, al embellecimiento de la Sagrada Litúrgica con el gregoriano, cuya reforma estaba siendo impulsada desde Solesmes y otros centros benedictinos de Europa, y la reforma del Misal Romano anterior a 1962. En este punto, es de señalar el mérito de este Pontífice en intentar retornar la centralidad del domingo a la vida cristiana, en un momento en que, si bien no había dejado de tenerla, se veía un tanto oscurecida por las celebraciones de los santos, que se solapaban con la celebración dominical.

Por otra parte, también hay que señalar el cariño que el Romano Pontífice sentía por los niños, que le llevó a establecer la edad de la Primera Comunión a los siete años, impulsando con ello la comunión frecuente, una práctica rara en su época, que todavía lastraba los efectos del jansenismo sobre los fieles. Muestra de este cariño del Papa por los niños, fue la publicación de los llamados "Catecismos de San Pío X", un instrumento de evangelización que formó a miles de cristianos durante generaciones, y que sigue siendo un hito, junto al Catecismo Tridentino, en la historia de la Catequesis católica.

Con estas reformas, San Pío X ponía de manifiesto que la Liturgia es *lex orandi, lex credendi*, es decir, que aquello que se reza se cree, y lo que se cree se reza. En medio de la tormenta modernista, el Papa Sarto dejó claro que la Liturgia expresaba la fe de la Iglesia, aquella que confesaba la divinidad de Cristo, la identidad entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, de aquel que dijo el Apóstol que "es el mismo ayer, hoy y siempre", y

como aquel, San Pío X advertía a los fieles "que no se dejasen llevar por doctrinas extrañas y raras".

UN HUMILDE OBRERO DE CRISTO

Con la puesta en marcha de este programa de pontificado, San Pío X se granjeó la crítica de no pocos sectores de la vida social y eclesial de su momento. Para muchos, estas actitudes del Pontífice echaban por tierra la política aperturista de su predecesor, y se oponía a una mayor amplitud de miras por parte de la Iglesia, tanto hacia fuera como hacia dentro. Se acusaba al entorno del Papa de influenciarle sobre las medidas que debía de tomar frente a los modernistas y hacia el catolicismo social, llegando a afirmar la existencia de un "sociedad secreta", el llamado Sodalitium Pianum, dedicada a la "caza y captura" de modernistas dentro de Seminarios y Facultades Teológicas.

Sin embargo, la realidad era bien distinta, San Pío X gozó durante toda su vida del amor y el cariño de sus fieles, quienes ya le consideraban santo en vida, en pro de quienes el Pontífice trabaja afanosamente para preservar su fe de las elucubraciones de hombres que, despreciando la fe de los sencillos, inventaban "fábulas" para halagar los oídos, como diría el Apóstol.

De la cercanía del Papa Sarto a los fieles, dan testimonio las catequesis que daba en el "cortile" de San Dámaso o del hecho de abrir el Vaticano a los damnificados por el terremoto de Mesina de 1908, tal y como haría años

más tarde el Papa Pacelli con los judíos perseguidos en la Roma ocupada. Esto demuestra que, más allá de la pompa propia de la corte pontificia, el Papa Sarto se seguía sintiendo un "cura de aldea", cercano a sus feligreses y preocupado por ellos.

Cuando en agosto de 1914 estallaba la Primera Guerra Mundial, San Pío X, cercano ya a su muerte, intentó por todos los medios poner fin a aquel conflicto que daba sus primeros pasos, y con esta pena entregó su alma al Señor el 20 de agosto de 1914. De la altura moral del Papa Sarto en aquel momento, nos dan testimonio el clamor unánime sobre la santidad y grandeza de este Pontífice, por encima de cualquier ideario. Sería Pío XII quien elevara a este humilde siervo del Señor a la gloria de los altares en 1954.

Vicente Escandell Abad
Seminarista

